

DEFINIR A MONTEJO

Eduardo Liendo

Créanme que me resulta un poco aventurado, y hasta atrevido, haber aceptado una aproximación a la vida y a la obra de ese gran poeta que fue, y que es, Eugenio Montejo. No obstante, por el hecho de que Eugenio en los últimos años fue un amigo bastante cercano, compartimos muchas horas de conversación, creo que eso en cierto modo me dio el permiso para recordarlo y hablar de él. En esta ocasión se ha utilizado la palabra homenaje, la palabra reconocimiento, todas ellas válidas, pero hace apenas unos minutos recordé dos frases de Enrique Bernardo Núñez, un gran escritor venezolano algo olvidado.

Decía Don Enrique que el mejor homenaje que se le puede rendir a un escritor es leerlo y que la mejor biografía es la propia obra. Yo creo que éste podría ser un buen punto de partida: que nosotros leyéramos, releyéramos y descubriéramos a Eugenio Montejo, que aprovecháramos estas circunstancias tan adversas para centrarnos en lo esencial de ese ser humano excepcional, de su poesía. Lo que uno diga de Eugenio, por ejemplo, en una improvisación como la que yo estoy haciendo, es bastante pálido en relación con el propio autorretrato que Eugenio hizo de sí mismo en el año 1997 y que recientemente reprodujo el *Papel literario*; una joya realmente ensayística que nos da la medida de la sensibilidad y la sabiduría y la magia de un poeta.

¿Qué era el poeta para un poeta como Eugenio Montejo? Hay definiciones de tipo conceptuales, pero hay definiciones más esenciales que están en su propia poesía. Una de ellas es la que hace Eugenio en un poema que titula "El esclavo": "ser el esclavo que perdió su cuerpo para que lo habitaran las palabras. Ser el esclavo que cuando todos duermen y lo hostiga el claror incisivo de su hermana la lámpara". Eso lo escribe en *Terredad*, en 1978. En otro poema, agrega otra condición: el poeta expósito. Una criatura que vive la angustia del huérfano en la tierra". Los expósitos, como sabemos, son esas criaturas abandonadas a las puertas. Esa imagen

también nos refleja mucho de lo que pensaba Eugenio de su oficio de poeta. En su *Trópico absoluto* en 1982, dice: “me dejaron solo a la puerta del mundo, poeta expósito cantándome a mí mismo, un día de otoño, hace ya mucho tiempo”.

En otra definición poética y no argumentativa, titulada “El poeta”, ciertamente, donde confiesa que “sus manos cerradas de poeta no guardan por dentro joyas o talismanes cuando la muerte vino a abrirlas, lo despidieron en su lecho, nada encontraron salvo un canto de paz”. Esto es apenas un fragmento del poema que pertenece a *Alfabeto del mundo*, publicado en 1986. Estos poemas están incluidos en una antología que trae una introducción de Américo Ferrari en la cual reflexiona ampliamente sobre esta visión de Eugenio. Posteriormente, en el año 2006, Eugenio publicó *Fábula del escriba*, donde el poeta sufre una metamorfosis en araña: “que no se valga la araña del mal”.

En una magnífica entrevista que le hizo el escritor Leonardo Padrón, Eugenio expresa ya de manera más coloquial otras interesantes estimaciones de la condición de poeta; en una de ellas expresa: “El poeta es el que está pendiente de los otros”. O sea que para Eugenio la poesía también era un acto solidario, y cuando él dice lo anterior, es porque sus primeras visiones poéticas están vinculadas, como todos sabemos, al “Taller blanco”, que era la panadería de su padre.

Pero él va a transmutar toda esa laboriosidad de la hechura del pan y la fraternidad de aquellos hombres panaderos y lo va a convertir posteriormente en poesía. Es más, cuando él asocia el hecho poético, el surgimiento del poema, lo hace con la levadura: después de amasar, penetra o se incorpora la levadura y levanta el pan. Si el poema no levanta hay que romperlo.

Eso estaba muy vinculado a su quehacer poético desde el punto de vista del oficio. Tuve el agrado, porque él era un comentador exquisito, de escuchar muchas situaciones que me transmitía. Nunca me habló, por ejemplo, de París. No era su asunto, o no era su asunto para hablarlo conmigo, pero me habló mucho de la panadería, del “Taller blanco”, y me habló con mucha persistencia, de manera que era algo esencial en su vida. En otro momento dice: “El poeta es un experto en poner atención a todo lo que lo rodea”. Esto lo dice en contraste con esa visión de poetas lunáticos, de poetas despistados.

Él pone el acento en que el poeta no es ningún despistado, sino un hombre alerta aunque no sea estridente, y en esto de que está atento a todo lo que lo rodea me recuerda a algunas reflexiones de Neruda en *Confieso que he vivido*, que son de la misma naturaleza, en que el poeta debe estar atento a esas situaciones y sonoridades que pasan como abejas, dice Neruda. Hay una respuesta lúdica, ya no a la posición del poeta sino a la poesía, pues Eugenio reflexiona de manera muy bella acerca del acto poético comparándolo con un juego de ajedrez en solitario con Dios.

Pero él además argumenta teóricamente –porque no hay que equivocarse con Eugenio, él es un gran ensayista, un hombre muy denso, un hombre muy culto– en uno de sus textos, llamado *Tres poetas hispanoamericanos* que “la poesía es un arte mágico, una magia que prueba su poder sobre el lenguaje, tal vez no resulte tan vana, pues que al ocuparse del lenguaje, se está ocupando de la actividad primordial y distintiva del hombre, la que lo diferencia propiamente como especie”.

Eugenio le da una gran jerarquía a la poesía, a su importancia. Cuando dice que no resulta tan vana como arte mágica, en cierto modo, está polemizando con Octavio Paz, quien había llamado, en cierto momento, a la poesía, la “magia vana”. Pero no es mi propósito navegar en estas aguas tan profundas; por supuesto está sobre entendido que además de estas caracterizaciones, la poesía para Eugenio, y para cualquier poeta, es un oficio, es la laboriosidad.

Él habla en algún momento de que su poesía surge de imágenes, no de palabras, que es lo que generalmente denomina como un protopoema, un borrador que pasa por una incubación en una carpeta y que, después de determinado tiempo, cuando él lo lee podrá decidir si aquello vale la pena o no y lo rompe. Me recordó mucho un procedimiento semejante, aunque lo trata con humor, de Augusto Monterroso, quien, cuando le preguntaban que de dónde salen sus cuentos, él dice algo como esto: yo lo anoto en un papelito y lo meto en una caja, y el destino de esa idea es el destino de esa caja y de ese papelito, alguna vez meto la mano en esa caja y saco el papelito y veo si vale la pena, lo cual es raro, y si no, rompo el papelito.

No voy a tomarme más tiempo para señalar que un poeta es muchos poetas, en particular un portal que crea heterónimos, tal como lo hizo Eugenio Montejó. Además toda su literatura está llena de dobles, de

otras presencias, de ser uno y ser múltiples, todo ese juego de multiplicidades está en la poesía de Eugenio; no tanto en el ser, porque él como ser, quiero decir, habitual, cotidiano, era una persona que siempre se presentaba de una sola manera.

Yo a veces le echaba broma y le decía: ¿con cuál de tus heterónimos voy a hablar? Pero él no era así, porque era una persona muy equilibrada y eso es lo que asombra en un intelectual de las características y la talla de Eugenio Montejo: que fuera una persona tan equilibrada. Los adjetivos o las calificaciones que le podamos dar son múltiples.

En estos días estuve hablando con un poeta en Yaracuy, Orlando Barreto, y él me hablaba no sólo de la elegancia de la escritura de Eugenio Montejo sino de su elegancia personal; entonces empezamos a hacer un juego con los atributos de Eugenio y consideramos que “donaire” era una muy buena palabra para calificar un poco su actuación, también la “prestancia”, pero entonces también aparece la palabra “sencillez”, un hombre muy sencillo. Una vecina, que escribe por allí una crónica en los Palos Grandes, lo califica como “El caballero de la sencillez”.

Una vez, delante de Aymara, su esposa, le dije: el único defecto que tú tienes es que eres magallanero, pero todo lo demás... De igual manera, se encuentra la palabra “compromiso”. Él decía: “el compromiso fundamental de un poeta es con su escritura y desde allí irradia todo, esto lo dicen los poetas rusos, que precisamente tuvieron ese comportamiento, algunos, como Ana Ajmátova, permanecen porque ellos asumieron un compromiso muy hondo con la escritura”. Estos poetas rusos disidentes estaban muy internalizados en el amor y en la admiración de Eugenio Montejo; incluso me dio mucha pena cuando Eugenio me habló por primera vez de Ana Ajmátova y yo, que había vivido en la Unión Soviética, no la conocía; entonces me obligué a buscarla, a conocerla. Uno de sus libros, el *Réquiem*, es una obra conmovedora en la cual Ajmátova mantiene esta idea del compromiso del poeta con la poesía. Y él era muy persistente en ésta idea, pues la conversamos muchas veces.

Para concluir, es notorio que casi todas las expresiones de dolor por el fallecimiento de Eugenio hablan de la amistad, de lo entrañable de sus amigos; entonces lo consideramos una persona tan especial, tan singular y, me imagino, no he hecho todavía una búsqueda en su poesía de cómo se expresa la amistad. Ya sabemos que el amor está

presente, sobre todo en *Papiros amorosos*, es muy importante ese sentimiento en los seres que lo conocimos en la excelcitud de la amistad.

Incluso Bernardo Ortiz escribió un artículo que me conmovió mucho, en el cual dice que la amistad de Eugenio nos hace mejores, nos hacía mejores personas. Uno estaba con Eugenio y se sentía mejor persona y él era en vida, por ejemplo, muchas de las cosas o casi todas las cosas que uno exalta en su poesía.

Un día lo encontré en la acera, justamente por donde yo vivo, en una calle de Los Palos Grades, auxiliando a un pajarito que estaba lesionado. Entonces le pregunto: -<¿Qué estás haciendo Eugenio?> El pajarito se había golpeado porque por esa zona los pájaros se golpean con los vidrios. Y me dijo que lo lleváramos por ahí cerca, donde había una venta de animales, pero no se lo recibieron porque podía contaminar a otros animales pues no sabía qué tenía el pajarito. Me dijo, entonces, que lo pusiéramos en un lugar donde él se sintiera más apacible que en la acera. Buscó donde hubiese un árbol y allí lo puso, diciéndome luego que lo esperara un momento que él iría a buscar agua. Fue a la panadería y trajo un vasito con agua. Esa es una cosa que no puede hacer sino Eugenio Montejo: un poeta que tenga esa relación con la vida, con la existencia.

Con relación a la defensa que hacía del lenguaje, también fue testigo presencial. Íbamos caminando y una joven estaba haciendo una encuesta, creo que era política, y le preguntó a Eugenio si estaba dispuesto y éste le dijo que sí y respondió unas dos cosas y, de repente, la encuestadora, una joven, le dice: “Señor, ¿Qué le arrecha a usted más, esto o lo otro?”. Y a Eugenio casi le da un patatús y le dice: “Señorita, esa palabra afea su boca. No la utilice más”. Ella le dice: “Pero así está en la encuesta” y él le responde: “Pero, entonces, no haga la encuesta así. Usted niéguese a hacer esa encuesta”.

Otra anécdota relacionada tiene que ver con su sorpresa cuando recibe el Premio Octavio Paz, que lo presenta María José Paz, y me dicen que la señora tiene una pronunciación un poco difícil, es francesa, y le decía treinta y uno, pero Eugenio entendía que eran treinta y un páginas que debía escribir para la revista, pero en realidad era que treinta y uno eran los jurados que le habían dado el premio, hasta que cayó en cuenta y dijo algo que está expuesto en su discurso excepcional, contenido en tres palabras: honor, alegría y responsabilidad.

